

*Llegó con
el verano*

Hilda Rojas Correa



Prólogo

Para entender a Frank Smith, sexto marqués de Somerton, no bastaba con haber intercambiado algunas palabras en una conversación, o haber sido uno de sus compañeros de estudios, o haber bailado un vals en una fiesta, o haber trabajado en algún caso con él.

Nadie, salvo el círculo de amigos y parientes que lo rodeaba, lo conocía. Solo aquellos que fueron testigos, en mayor o menor medida, de lo que vivió, podían entender el motivo por el cual él decidió iniciar una vida que estaba lejos de las expectativas que la sociedad tenía para él.

Todo se remonta a la lluviosa noche del primero de mayo de 1810, cuando Frank Smith, su padre, el quinto marqués de Somerton, esperaba el nacimiento de su primogénito, rogando que fuera un varón. Su esposa, Minerva, llevaba más de doce horas de labor de parto, y no se vislumbraba que aquello fuera a terminar pronto.

El marqués era un hombre que, a sus treinta y dos años, se había casado por conveniencia con Minerva. En ese entonces, ella era la señorita Witney, quien estaba a punto de convertirse en solterona por la mala reputación de su familia, ocasionada por sus progenitores, los que al morir la habían sumido en la pobreza junto con sus hermanos.

La modesta dote que la joven otorgó a la unión —cortesía de su tío paterno— fue suficiente para sanear la deuda más grande del marquesado y, de este modo, Somerton logró evitar la ruina, aquella a la que tanto le temía su madre, Charlotte, quien siempre ejerció un gran poder sobre él.

Charlotte siempre lo presionó. Primero, para que saneara todas las deudas que él heredó de su padre —el cuarto marqués de Somerton—,

quien fue un hombre mediocre y soberbio, y perdió la vida al caer de su caballo.

Tras cinco años de arduo trabajo, Somerton se demostró a sí mismo que era mucho mejor que su antecesor. En el transcurso de ese tiempo, intentó cortejar a cuanta heredera que poseyera una gran dote, para salir más rápido de su precaria situación. No obstante, la pobreza de su título ya era información de dominio público, y lo convertían en un candidato menos que apropiado para cualquier dama con orgullo y visión de futuro.

Hasta que, de la nada, apareció Minerva. Ella estaba tan desesperada como él para contraer matrimonio. Todo fue rápido, apenas tres meses de compromiso y ya estaban casados. Minerva era hermosa y, a pesar de ser todo lo que se esperaba de una esposa; callada, femenina, obediente y conocedora de su rol, parecía estar siempre triste y melancólica.

Para Somerton, el matrimonio y todo lo que conllevaba era un deber incómodo. Él no logró desarrollar ninguna clase de afecto hacia su esposa; indiferencia era una buena palabra para describir lo que ella le provocaba. Pero no era de extrañar, él jamás había sentido algo parecido al amor. Ni siquiera en su más tierna infancia, su corazón no había sido capaz de evocar tal sentimiento.

Sin embargo, aquello no le importaba mucho. Estaba casado, era lo que su madre quería y era suficiente para vivir tranquilo.

No pasó demasiado tiempo y Dios les concedió el ansiado heredero sin muchos esfuerzos ni intentos, y para Somerton ya no era necesario visitar la alcoba de su esposa. Sus apetitos carnales —lujuria, eso sí podía sentir— los saciaba con una amante con la que llevaba unos cuantos meses, gracias a que empezaba a tener ganancias suficientes para mantenerla.

Lógicamente, la madre de Somerton desconocía su doble vida y el nulo afecto que él sentía hacia Minerva. De haberse enterado, Charlotte habría convertido la existencia del marqués en un verdadero infierno, haciéndolo escuchar día y noche interminables sermones y reproches. No obstante, él debía admitir que le gustaba jugar al filo del peligro. Disfrutaba de lo prohibido, se deleitaba con esa exquisita tensión que le proporcionaba saber que podía salirse de los límites sin que nadie lo notara... Sin que su madre lo notara.

Un llanto vigoroso irrumpió en medio del sonido de la lluvia. Somerton sintió una suerte de escalofrío, una sensación nada natural ante el nacimiento de un hijo.

Al cabo de unos minutos, su madre salió con un bulto entre sus brazos.

—Es un varón, Somerton —reveló Charlotte con una sonrisa llena de orgullo aristocrático—. Es idéntico a ti y, por supuesto, se llamará como tú. Toma a tu heredero, el nuevo conde de Dunster.

«Frank Smith... como los cuatro anteriores a mí», pensó Somerton con sorna mientras recibía a su hijo, sosteniéndolo en sus brazos. Se preguntó

qué clase de sentimiento habría experimentado su padre cuando lo recibió. Nunca lo supo en realidad, tampoco podía imaginárselo. Ante ese hecho escalofriante, el pánico le atenazó el corazón.

Nada. Un vacío enorme. Ni un sentimiento. No sentía nada por ese niño. La única sensación que recorrió cada fibra de su ser, fue el alivio. No más presiones.

Había cumplido con su deber, tenía un heredero... Tal como Charlotte deseaba.

—En cuanto se recupere tu esposa, tendrás que engendrar al segundo de repuesto —sentenció su madre.

La sensación de alivio había sido demasiado efímera.

—En cuanto se recupere —convino Somerton sin emoción, devolviendo su primogénito a los brazos de su madre. Esa tarea de procrear a otro vástago la iba a retrasar tanto como fuera posible. No toleraba estar a solas con su esposa por más de medio día y, a su juicio, Minerva era de ese tipo de mujeres que ni siquiera servía para el sexo.

El hijo de repuesto llegó tres años después. Charlotte lo nombró Ernest.



El primer recuerdo del pequeño Frank Smith, hijo, que conservaba de su padre, fue a los cuatro años.

Podía recordar con claridad que jugaba con un soldadito de plomo y su hermanito dormía en una cuna. De pronto, entró a su campo visual una bota enorme. Frank alzó la vista, era su padre, quien lo contemplaba con una expresión que no supo interpretar. El pequeño sonrió y le estiró los brazos con ilusión, a lo mejor, ahora lo iba a alzar como lo hacía siempre su madre.

Su padre no respondió. Hizo una mueca de rechazo, dio media vuelta y salió de la estancia.

El niño no sabía qué había hecho mal. Miró a su madre buscando una respuesta, al tiempo que le invadían unas inusitadas ganas de llorar. Ella observaba cómo la puerta se cerraba dando un golpe seco, y su rostro tenía una expresión tan acongojada, que al pequeño le hizo sentir peor.

—¡No llores, Dunster! —espetó su abuela con dureza—. Solo las niñas lo hacen, ¿acaso eres una?

Frank, asustado, se limpió la cara con premura. En el pecho sintió un dolor sordo y agudo por el esfuerzo supremo de contener sus lágrimas.

Minerva se acercó a su hijo. Estaba a punto de tomarlo en brazos cuando Charlotte la fulminó con la mirada.

—No te atrevas a fomentar su debilidad. Dunster debe forjar su carácter, será un marqués. No puedes transformarlo en un pelele —espetó

con ese tono de voz con el cual oprimía a Somerton y humillaba a Minerva, despojándola de autoridad frente a todos.

Minerva no replicó. Sin embargo, en un silente acto de rebeldía, tomó a su hijo en brazos y se lo llevó de la estancia, dejando a su suegra con la palabra en la boca.

—Llora, Frank. Si quieres hacerlo, hazlo, porque vendrán días en que no podrás, hijo mío —susurró Minerva con su voz estrangulada, mientras se dirigían a la habitación infantil.

Y, sin más, Frank lloró arropado en el cálido cobijo y consuelo de los brazos de su madre. Nunca más se permitió que su abuela lo viera derramar lágrimas, ni tampoco se atrevió a pedirle a su padre una muestra de amor.



Tres años después, Charlotte murió. Nadie la lloró, ni siquiera Somerton. Frank tenía siete años y a partir de ese instante, esa vida carente de afectos —salvo el de su madre y hermano— se transformó en una verdadera pesadilla.

Somerton, al verse liberado del yugo que representaba Charlotte en su vida, desató su verdadera naturaleza. Él era como una tormenta que arrasaba y destruía todo, y comenzó a llevar una vida alejada de los preceptos a los que lo había sometido su madre. Ya no disimulaba ser un hombre de conducta intachable y desarrolló una compulsión por las apuestas, fiestas, alcohol y orgías.

Si para Minerva ya era humillante la indiferencia de su esposo y las beligerantes intervenciones de su suegra, lo que vino después fue peor; la vida colmada de vicios de Somerton llegaron a su propia casa, que a fin de cuentas jamás pudo llamar hogar. Fiestas decadentes y hedonistas, borracheras, sexo sin pudor en cada habitación de su casa. Minerva terminó recluida junto con sus hijos en la habitación infantil, hasta donde llegaban los sonidos ahogados de los excesos de su esposo.

No podía escapar, ella no manejaba dinero, ni siquiera poseía algo propio para empeñar y marcharse con sus hijos. No obstante, si ocurría el milagro de hallar algo de dinero, tampoco era muy alentador, pues no tenía un lugar donde llegar o cómo subsistir después de la huida.

Minerva tenía dos hermanos, pero lamentablemente, no podía contar con ellos, mas no por falta de cariño o voluntad; el menor, Andrew, era un veterano de las guerras napoleónicas, y con suerte se mantenía a sí mismo en un puesto mediocre en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Su otra hermana, Margaret, por más que intentara aparentar lo contrario, estaba en una situación matrimonial tanto o peor que la propia Minerva. No iba

a hacerles la vida más difícil a sus hermanos, cada uno llevaba su propia carga como podía.

Todo era negro, no veía salidas.

Estaba resignada, su destino estaba atado a ese hombre. Minerva no tenía armas para enfrentarse al mundo sin caer en el abismo de la pobreza, prostitución y muerte, al cual arrastraría inexorable a sus hijos.

No tenía más opción que soportar la situación hasta las últimas consecuencias.

El pequeño Frank era consciente de aquello; cuando veía a su madre llorar sin consuelo; cuando su padre entraba borracho en su habitación para humillarlos, solo por el placer de hacerlo; cuando no podía dormir en las noches, porque escuchaba extraños gritos de mujeres, o las fiestas nunca llegaban a su fin; cuando no podía despertar a su madre de sus largas siestas y parecía muerta.

Todo eso lo hacía sentir más pequeño e insignificante de lo que ya era. Quería proteger a su madre y a su hermano de todo eso, pero lo único que lograba era distraer a Ernest con juegos, simulando que eran niños felices, que tenían otra vida, otro padre, y que su madre era amada.

Una noche, en la plenitud de esta, Frank despertó sin motivo aparente. Su octavo cumpleaños había pasado sin notarlo. En la estancia solo había oscuridad y silencio... ¡Eso era! Lo había despertado el silencio. Lejos de tranquilizarlo, aquello lo inquietó.

No pudo dormir bien esa noche, ni las siguientes, como si esperara algo grande y demoledor.

Y llegó en pleno verano, en un día del mes de agosto. Primero fue el barrullo de los sirvientes, cuando todos se fueron de la mansión para gran desconcierto de Minerva. Ella no se enteró de ese hecho hasta que notó que no llevaban el desayuno a la habitación infantil. No había rastro de Somerton desde hacía días, solo rumores de que estaba de viaje.

Frank no supo si estar feliz o no, pero sí supo que estaban a punto de emprender un viaje sin retorno cuando vio a su madre frenética, llenando baúles con ropa. Fue como si ella hubiera despertado de un profundo letargo, jamás la había visto tan viva, tan desesperada. No le dio miedo verla así, en el fondo, ese cambio le daba esperanza, la cual se reforzó cuando salieron de la casa con unos objetos metidos dentro de una bolsa. Alquilaron un carruaje al que subieron los baúles con sus pocas pertenencias, y anduvieron por calles que Frank apenas recordaba, hasta llegar a un lugar cuyos escaparates estaban atestados de objetos tan disímiles, que él no podía definir qué tipo de establecimiento era. Su madre le dio al hombre que estaba detrás del mostrador unos candelabros, cubiertos y su anillo de matrimonio, el que perteneció durante generaciones al marquesado de Somerton. A cambio de ello, le dieron dinero.

Tomaron un carruaje de postas y abandonaron Londres. Minerva les contó en el camino que llegarían a la mansión de tío Andrew, quien, por

azares del destino, era el nuevo vizconde Rothbury desde hacía muy poco. Nada hacía presagiar que allí, en la propiedad de su tío, encontrarían de todo, menos tranquilidad.

No fue fácil al principio, por culpa de Minerva, principalmente. Su alma, su mente y su corazón estaban tan dañados, que no dimensionaba lo amargada, ciega y dolida que estaba, llegando al punto de desquitar su tormento en Andrew.

Frank no entendía del todo la situación; la única certeza que poseía era que ningún día era igual al anterior. A veces, su madre dormía sus largas siestas, otros días ella discutía con su tío Andrew, en otra ocasión fue a la iglesia. Había momentos en los que ella ordenaba que él y Ernest no jugaran con los otros niños de la mansión, para luego cambiar de opinión. Se le veía triste, enojada, a veces tranquila, otras veces lloraba.

Frank y Ernest se sentían a la deriva... Era extraño, estaban en un lugar en que todos los miembros de esa familia les brindaban un verdadero hogar, seguridad y cariño, y Minerva parecía no aceptarlo.

Sin embargo, esa turbulenta situación llegó a su fin. Frank nunca olvidó que fue un domingo. Minerva había llegado de la iglesia, tras ella iba Andrew furioso y estalló una gran discusión entre ellos. El vestíbulo se atiborró con los ecos de los gritos, llantos y recriminaciones que se propinaron, y que se escucharon en cada rincón de la mansión. Fue terrible, una agonía para Frank, que espiaba tras la balaustrada de la escalera junto con Ernest. Por un momento, temieron que se tendrían que ir.

Pero nada de eso sucedió, Minerva cambió.

Fue prodigioso. La tranquilidad llegó como un cálido manto que abrigó a la familia llenándola de una atmósfera confortable. Minerva aceptó el pasado, comenzó a vivir el presente y ver con esperanza el futuro.

Durante todo ese tiempo, no tuvieron noticias sobre Somerton. Se lo había tragado la tierra.

Luego vino el cambio mayor, irreversible.

Apareció un hombre, abogado, viudo, padre de gemelos. Su nombre era August Montgomery, y fue un amigo de la infancia de Minerva. El más querido, su primer amor.

Todos los días él aparecía en la mansión con sus hijos, Justin y Horatio, para visitar a Minerva. Frank tardó poco en descubrir que ese hombre amaba a su madre y ella lo amaba a él. Ellos eran felices cuando estaban juntos, se les veía en las caras, en la forma en que se miraban, en el respeto que se prodigaban.

August, cuando llegaba de visita, los saludaba a él y a su hermano con cariño, les revolvía el cabello, una caricia en la mejilla y les preguntaba cómo estaban, si habían hecho travesuras o si habían estudiado. Era un hombre sereno, tierno en sus afectos y firme en sus enseñanzas. Con el tiempo se convirtió en el padre que nunca tuvieron, y les pareció natural cuando Minerva les comunicó que se iban a vivir con August y los gemelos.

Meses después, se casaron.

Ese fue el indicativo para Frank de que algo le había sucedido a su padre. No sabía cómo sentirse ante esa velada evidencia, porque cuando el marqués se fue y los abandonó sin decir nada, solo dejó de existir.

Frank no quiso averiguar qué había pasado, le temía a la verdad que subyacía en ese hecho. Nada iba a empañar eso que empezaba a disfrutar y apreciar; ser un niño feliz, con una familia que lo amaba y que crecía, una madre dichosa y sonriente, un hombre que era más que un padre. Frank sentía que tenía todo lo que siempre deseó para todos, una existencia sin sufrimientos.

Sin embargo, a los nueve años, curiosamente en agosto, a unas cuantas semanas antes de empezar sus estudios formales en Eton, August lo llamó a la biblioteca. Quería tener una conversación de padre a hijo. En esa instancia, él le reveló el fatídico destino de quien lo engendró; Frank Smith, quinto marqués de Somerton, había fallecido escapando de la justicia por haber asesinado un hombre. Lo irónico era que no era cualquier hombre, sino que se trataba de lord Swindon, el esposo de su tía Margaret. En pocas palabras, Somerton mató a su tío. El chico intuía que su progenitor había terminado mal, pero nunca a ese nivel.

Atrás quedaba el conde de Dunster. Su título de cortesía ya no le pertenecía, y su hermano, Ernest, era quien se había transformado en el nuevo heredero del marquesado. Mientras que él, era el nuevo marqués de Somerton.

Su progenitor era el asesino del padre de su primo, Thomas, el nuevo conde de Swindon, con el cual iba a entrar a estudiar a Eton.

—¿Thomas lo sabe? —preguntó Frank críptico, con el temor lamiendo sus entrañas.

—Sí, hijo. Tu primo lo sabe todo —respondió August con esa voz grave, suave y conciliadora.

—¿Mi primo no me odia?

August sonrió con bondad.

—No, hijo, Thomas no te odia, sino todo lo contrario... Es el que mejor te comprende, pues su situación es muy parecida a la tuya. El destino de Somerton y Swindon fue unido por el azar, los vicios y la fatalidad. —August suspiró y continuó—: Sin embargo, es más importante el motivo por el cual te he revelado todo esto. En un mes más entrarás a Eton y es más que seguro que la fama de tu padre te precederá. Te acosarán, te molestarán, te humillarán, intentarán doblegarte. Los niños son crueles, hijo mío, pero ellos no deben convertirse en un impedimento para que estudies en el mejor colegio del país. Debes unir fuerzas con tu primo, juntos podrán hacer frente a quien ose intentar hacerles sentir mal por algo que no tuvieron culpa. Dirán cosas horribles de tu padre, de Minerva, de mí, de tus hermanos. Debes ser fuerte...

—No lloraré —prometió Frank.

—Llorarás —contradijo August—. Y hazlo, pero que ellos no te vean o será peor.

Frank asintió vehemente.

—Seré fuerte —afirmó.

—Sé que lo serás —aseguró August con fe y convicción—. Recuerda siempre; no importa lo que haya hecho tu padre, tú no eres él.

—Él no es mi padre —negó Frank.

—No, hijo... no me has entendido, tú no eres como tu padre...

—No... —interrumpió el niño con firmeza—. He entendido bien, él nunca fue un padre, él no fue como tú... Tú eres mi padre.

August abrió sus ojos, sorprendido y honrado. Frank notó que los ojos castaños de su padre putativo, se humedecieron de verdadera emoción.

—Oh, Frank, hijo... —August abrazó al niño, a quien consideraba su hijo. Desde el instante en que Minerva volvió a su vida, sabía que no debía amarla solo a ella, sino también a Frank y a Ernest. Si hacía esas odiosas diferencias, iba a condenar a esos niños que no eran culpables de nada. No supuso mayor esfuerzo, August era un hombre que tenía una fuente inagotable de bondad y amor y, a su vez, Frank y Ernest estaban sedientos de amor paternal—. Para mí es un gran honor que me consideres de ese modo.

—Siempre me has llamado «hijo»... papá —respondió Frank, probando en sus labios esa dulce y amorosa palabra que anhelaba decir desde hacía tiempo, mas por un infundado temor, no se atrevía.

Y, por primera vez en su vida, Frank derramó cálidas lágrimas de felicidad.



Tal como pronosticó August, los primeros meses en Eton fueron un infierno para Frank y Thomas. Los acosaban constantemente, les lanzaban pullas e insultos. Todos los días les decían, de un extremo a otro de la sala, que sus progenitores eran verdaderos demonios; un asesino, un estafador, ambos pecadores, viciosos y libertinos. Enlodaban el nombre de sus madres, tratándolas de furcias adúlteras, a sus hermanos los ofendían dándoles el epíteto de bastardos, y se burlaban de sus padres adoptivos, denominándolos como «perros», porque se comían las sobras.

Frank y Thomas eran los «Herederos del Diablo», quienes habían recibido un deshonesto legado manchado de deudas, pecado, vergüenza y crimen.

Ambos niños aguantaron estoicos por un tiempo, pero toda paciencia tiene un límite. Y cuando ese límite se rebasó, comenzaron a devolver cada palabra, cada insulto y cada golpe de un modo sucio, artero y cruel, tal como su fama lo dictaba. Ya que eran demonios, se iban a comportar como tal para defenderse.

Empezaron por los más débiles del grupo que solía atacarlos. Uno por uno, fueron sometidos al castigo que consistía en dejar «sutiles advertencias» en sus camas, tales como ranas muertas, gusanos, barro, hiedra venenosa, espinas y heces de animales. Tendieron elaboradas emboscadas que terminaban con niños colgados de los pies en un árbol, maniatados dentro de un armario o hundidos hasta el cuello en el fondo de una pestilente letrina. Nadie sabía quién era la siguiente víctima de esa venganza, solo sabían que los autores de esos pequeños crímenes eran «Amudiel» —Frank— o «Alastor» —Thomas—, sobrenombres que ellos mismos habían escogido.

Así fueron escalando, hasta tomar revancha de cada uno de aquellos que osaron ofenderlos a ellos o a sus familias. En todo el colegio comenzó a extenderse el inquietante rumor que rezaba: «Si te metes con Los Herederos del Diablo, tarde o temprano te llega la hora de pagar tus pecados en el infierno».

A Amudiel y Alastor no les importaba si los profesores los castigaban por sus travesuras, ni que llamaran a sus padres para quejarse por su mal comportamiento. Al llegar las vacaciones de verano, ya nadie se atrevía a molestarlos.

Los Herederos del Diablo habían triunfado, y sus fundadores, Amudiel y Alastor, habían allanado el camino de sus hermanos, amigos y parientes, transformándose en una verdadera cofradía donde primaba el respeto, el apoyo, el cariño y la unión.

Eran implacables, duros, inflexibles y vengativos.

Esa reputación persiguió a Frank, e influyó en cada ámbito de su vida. Incluso veintidós años después, seguía siendo el demonio Amudiel.

Nadie lo conocía, ya sea por temor o por falta de voluntad, no querían saber qué había más allá de ese sobrenombre.

Pero eso estaba a punto de cambiar.